

LOS *TOPOI* EUTÓPICOS

"...primo protinus appulsu victoria potitus, passuum milia, quindecim, qua parte tellus continenti adhaesit, excindendum curavit, ac mare circum terram duxit"
(Tomás Moro: *Utopía*)¹

Es fácil contemplar la polisemia discursiva que ofrece término utopía y sus próximos. Todo producto humano gestado en la profundidad del anhelo de vivir, y la utopía es un radical (de raíz) antropológico, ofrece una riqueza, y no sólo hermenéutica, de posibilidades de ejecución, de "juegos racionales"; frente a ellos sólo es posible la neutralidad intencionada como disfraz ideológico que oculta algún dominio interesado. Estos dominios racionales tienen espacio y tiempo. Asumen las categorías de sus gestores. Son *topoi* antropológicos, lugares de la reflexión que se proyectan y ocupan instancias de necesidad diferenciadora del *homo sapiens quaerens*. Son los *topoi*; los *loci*, que se ambicionan *amoeni*. Entre estos *topoi* destacamos los eutópicos, como figuras especiales, monogramas que trazan cifras y códigos más allá de lo simbólico, juegos de significantes, de espacios que se proyectan. No son simples iconos; son algo más que esquemas. Son utopías, proyectos y anhelos de algo mejor. Es la oposición a lo dominante, a la ideología que impera y no satisface.

El *homo sapiens et utopicus* necesita salir de la insatisfacción, proyectarse. Dos suelen ser los caminos antagónicos que elige: hacia el pasado o hacia el futuro. En el primer caso es la opción por el mito del paraíso perdido, por la nostalgia del no-tiempo, no-espacio, o sólo entendidos estos como *loci* literarios. Son los "paraísos para pobres", los espacios edénicos, arcadianos u otros. La segunda posibilidad es la proyectada en un tiempo, casi siempre futuro, y en lugar o espacio (la utopía), que después de un análisis crítico a un *statu quo* vigente insatisfactorio, diseña un *locus amoenus* un lugar feliz. Es la actuación racional del *homo sapiens* en cuanto *quaerens et utopicus*. Al margen de estas dos elecciones antagónicas aparece otra extraterrena, la celestial. Las religiones ocupan una parte singular de la capacidad de trascender la insatisfactoria realidad del hombre. No es aquí el lugar de hablar de la dimensión teológica, sino del esfuerzo proyectivo del *homo* que a veces sin dejar de

¹ "... apenas alcanzó la victoria durante el primer desembarco, ordenó cortar el istmo de quince millas que unía el continente, dejando que el mar la circundase".

ser *sapiens*, es *demens*, pero intenta secularizar el cielo, traer el cielo a la tierra, no esperar a ser igual y digno Allá; sino traer el Más-Allá al Más-Acá, pues un mapa en el que no aparezca la ciudad de Utopía está mal diseñado (O. Wilde).

Este afán crítico y proyectivo del hombre le ha acompañado a lo largo de su presencia sobre la tierra. De ahí que más allá de los esfuerzos de llevarlo a la práctica ya ocupa un amplio espacio de la literatura, en el arte, en... sus sueños y anhelos. Y cada vez que la nave utópica toca puerto (allí donde las proyecciones utópicas se intentan materializar), ya debe levar anclas y seguir navegando, pues cuando los dioses quieren castigar a los hombres, les envían utopías (A. Nandhy).

Sin detenernos en la geografía y topografía literarias acerca de las ciudades utópicas podemos consensuar, que su descripción, además de ser eutópica o *città felice*, es decir, superadora de contingencias negativas conocidas, se les suele dar cierto origen misterioso y, a veces, divino. Así en el escudo de guerra de Antenor, el héroe de la novela homónima del alicantino Pedro Montengón, la diosa Atenea grabó el diseño de la "Ciudad de la Paz". Es frecuente que estas ciudades-paradigmas se repitan como tipo-ideal por parte de los proyectistas, si bien en la mayoría de ellos esa igualdad, no sólo constructivistas sino también social, pretenden que no se confunda con igualitarismo mecánico; y cuando así sucede estamos hablando de modelos cacotópicos. Por otra parte, los pobladores de estas urbes deban recorrer un camino, físico o interior, para poder acceder a ellas, es el viaje catárquico; a la ínsula hipodamiana no se puede llegar sin más. Se necesita un "nuevo hombre" o el viejo hombre, pero con "traje nuevo".

Por razones de espacio no podemos ser prolijos en las diversas representaciones "città perfetta" o de llegada a ellas. Baste decir que la cuantía bibliométrica por sí acredita el interés en todas las culturas. Del mismo modo que deja a un lado las nostalgias edénicas o las postulaciones paradisiaco-religiosas. Es, sobre todo a partir del Renacimiento cuando se pretende superar la nostalgia eutópica del Paraíso. Los renacentistas italianos serán los primeros que desean olvidarse del Jerusalén celestial. Y esta idea se consolida con los ilustrados en el siglo XVIII. Durante siglos, y a partir de los planteamientos apocalípticos de la patrística o de los milenaristas o en la contemplación beatífica celestial se sobrepasaba el espacio terrenal o se olvidaba el tránsito del hombre sobre la tierra.

Los hombres del Renacimiento vuelven a retomar y recuperar la añosa visión de los griegos de no confiar la felicidad terrena a los dioses, sino a la polis. La belleza, la armonía, el lugar feliz, tanto interior como exterior, hay que diseñarlo y construirlo. Leone B. Alberti, Vitruvio, Filarete, etc. de modo práctico tratan de emular a Hipódamo, de construir la ciudad ideal. Pero Campanella, L. Zúcculo, F. Patrizi, L. Agustini, Antoni F. Doni y otros se encargan de literalizarlos.

En el siglo XVIII, el arquitecto francés C. Perrault teoriza sobre el buen gusto y la practicidad, del mismo modo que Le Bossu y Boileau apelan al *bon sens* arquitectónico. En el XVIII, la mayoría invocan la imitación de la naturaleza como la que obra Dios, el Sumo Arquitecto, idea que se mantiene en el XIX y culmina con los desarrollos arquitectónicos-esculturalistas de A. Gaudí, sin olvidar las representaciones de Giambattista Piranesi en el Siglo de las Luces. En la Edad Moderna Patrick Geddes intenta aplicar la "nueva arquitectura". El utópico William Morris luchó por el espacio feliz; y Lloyd Wright lo intentó aplicar en "la casa", como hogar-hoguera, ámbito uteral. El *Art nouveau* en esta tarea pretendió aplicar y racionalizar todos los elementos materiales. Le Corbusier, en la *ville mecanique* tuvo presentes las ideas del novelista H.G. Wells, que reformula en la *ville radieuse* o biotécnica. Son elecciones a favor del dinero o de la vida.

La obsesión por lograr el *locus amoenus* ideal ya será una constante. La *aetas aurea* virgiliana, las geórgicas, Makaria o Arcadia, Los Campos Eliseos o las *dinites insulae* horacianas y otras nostalgias se consideran parte de un *imaginarium* que pasa al recurso literario. La fe en la razón y en el progreso, el empuje de la nueva clase emergente, la burguesía (sobre todo la protestante), fijan la necesidad de llegar a Eucronía y, quien pueda, a eupsiquia; y siguiendo con neologismos llegamos a ecotopía. Ya no bastan las miradas de los bienaventurados o de los hiperbóreos, hiatos entre lo visible y lo invisible, sino de que el ser humano puede diseñar su República, proyectar su futuro y esperar a un tiempo mejor, a Eucronía. Y esta ambición viene desde el origen del hombre, quien intenta primero adaptarse y luego dominar el medio que mora. Es un eco perenne, órfico; pues antes del orden geométrico apareció el *quaerens*, el de la pregunta, el porqué el Acá no puede ser como el Allá. Si ambos los creó Dios y Dios todo lo crea en Idea. Dios es imitable. ¿porqué la espera de alcanzar el cielo para ser felices? ¿porqué este *mundus perversus* no puede ser *anversus*.

Estas y otras más son dimensiones interrogadoras del ser humano, pues la filosofía primero fue pregunta, luego respuesta. Y en este afán el hombre se empeña y debe entenderse con la realidad y con los semejantes; mas siempre con la amenaza de la confusión, de enredarse en sus ambiciones, en sus sombras, de intentar "ser como dioses", de producir una *elucubratio ebria* más que un *topoi eutópico*.

Los clásicos distinguían entre la *urbs obsidium* y la *urbs oppidum*. La primera era campamental, amurallada y cerrada; la segunda abierta. En la primera el individuo era súbdito, en la segunda sujeto. Si hubiera que representar geoméricamente a la primera, el círculo cerrado sería el modelo; de la segunda la elipse, es abierta y aglutinadora. La primera ciudad es autocontemplativa; la segunda cosmopolitana, y en la elección de uno de estos modelos el hombre se juega su porvenir y su *locus amoenus*.